

Borduria

JOSÉ CANO

Jose saca de la estantería el tomo casi sin mirar. Se encuentra a oscuras, pero no necesita contar. Tercera balda a la derecha, la enciclopedia *Conocer el mundo*. El 7, dedicado a Europa del Este. Página 83. Borduria, república balcánica. Cultura. Cine. Cine actual (la enciclopedia es de 1977). La foto de una jovencísima actriz borduria interpretando a Ofelia ya ahogada en una adaptación de Hamlet.

Esta mañana, Jose enterró a su padre. La parte del cementerio se le antojó casi grotesca, con los operarios metiéndose en el hueco de la tumba para colocar y mover cuerdas y luego tapiar, toda la familia meridianamente bien vestida asistiendo a la obra menor con cara de circunstancias y uno de los trabajadores pidiendo un par de voluntarios para ir tirando de la sogá hasta dejar en el fondo el ataúd. Él fue uno y su sobrino el mayor el otro. Se colocaron cada cual a un lado del hoyo, sujetando un extremo de la cuerda, y fueron tirando y soltando. Cuando bajó del pedestal, alisándose la camisa y colocándose la chaqueta más por ceremonia que otra cosa, se dio cuenta de que se había estado aupando con un pie en la tumba vecina.

Ahora está de pie frente al mueble de la biblioteca, con el tomo 7 de la enciclopedia *Conocer el mundo* entre las manos, disfrutando el tacto rugoso y seco de la encuadernación en algo parecido a piel que es delatado por el olor a plástico que desprende. En la fotografía, blanco y negro, la actriz mima la muerte de la amante de Hamlet, sumergida en un arroyo pero con la cabeza y las palmas de las manos fuera. Se nota que es una adolescente, casi una niña, rubia y de rasgos delicados, el prototipo de esclava para cualquiera que nunca haya pasado más al este del Rin. El vestido, pese al blanco y negro o gracias a él, se transparenta lo justo para adivinar unas piernas algo escuálidas pero bien formadas. No necesita verlo bien del todo, lo recuerda con nitidez.

Jose se sienta en la vieja mecedora de la biblioteca, que lo recibe con un crujido de madera y mimbre. La casa está vacía, empezando a cubrirse de polvo, pero con el olor de su padre todavía pegado a las esquinas. Es un olor mezcla de tabaco y sudor que le recuerda al de su abuelo. Sus hermanas se han marchado hace apenas una hora, cada una con el respectivo marido e hijos del brazo, rumbo a la rutina del día siguiente, a más horas de carretera que la de Jose. Sabe que tendrá que conducir al menos cuarenta y cinco minutos de noche. Aunque le pesa el cansancio acumulado de hospital, tanatorio y cementerio, ha pasado un cuarto de hora escuchando el eco de sus propios pasos en los muebles de la casa, que ya era demasiado grande para un anciano solo. Ha fregado las tazas de café, recogido la cocina y comprobado que todo está en su lugar. Luego, se ha dirigido hacia la biblioteca sabiendo que iba a buscar el tomo 7, Europa del Este, Borduria.

Con apenas la luz de las farolas y la luna compitiendo por filtrarse a través de las ventanas, sólo nota las páginas de papel de revista de la enciclopedia un poco amarilleadas, pero nada más. El olor y el tacto no han cambiado desde que se la compraron "para estudiar" hace ya más de treinta años. Pasa el índice por la foto de la niña Ofelia mientras siente humedad en la nariz y los lagrimales, algo parecido, piensa, a lo que debe ser la nostalgia. El afán masturbatorio que la imagen en blanco y negro de las piernas transparentadas bajo el vestido de una chica casi de su edad (el texto acredita la adaptación de *Hamlet* como de 1976) se ha evaporado en el lapso de más de treinta años. Piensa que podría tener una hija de esa edad.

Cierra el tomo, se pone en pie y se marcha dejando atrás el hueco en la estantería entre los tomos 6 y 8. Conducirá durante cuarenta y cinco minutos hasta su piso, no cenará, dormirá cinco horas, desayunará un café y tres magdalenas, conducirá veinte minutos hasta la Facultad y acabará por apostarse tras el mostrador de la Videoteca. No cambió al turno de tarde por saber que iba a consumir al menos tres días libres, no le importará porque por las mañanas hay menos alumnos —los grupos de comunicación audiovisual se acumulan ahora por las tardes—.

Mientras sus compañeros hacen tres pausas para el café o cotillean entre estanterías de DVD y VHS, Jose explora internet como con desgana. No ha vuelto a abrir el tomo desde que lo cerró antes de salir de la ya abandonada casa de su padre y ahora descansa en la mesa de su propio comedor, así que tiene que buscar de memoria, pocos datos pero suficientes: nacionalidad borduria, 1976, Hamlet. O no. Los tres se mezclan en los buscadores generalistas permitiendo a Jose distraerse con lo estrambótico. Entrecomilla "cine bordurio" y vuelve a empezar, obteniendo un par de páginas en castellano que tratan el tema con cierta amplitud. Piensa que probablemente, si va cerrando su presa en círculos concéntricos, obtenga algo, así que se detiene a leer.

Entretanto aprende sobre Borduria lo que nunca consiguió con la enciclopedia *Conocer el mundo*. Confirma que es un país balcánico, que no tiene salida al mar y que limita al norte con Hungría, al este con Rumanía, al sur con Bosnia-Herzegovina y Serbia y al oeste con Croacia y con su enemigo secular, la república de Syldavia. Su capital, Szôhod, la cruza el Schnurrbart, afluente del Danubio, y el equipo de fútbol local, el CSKA Szôhod, perdió una final de la Recopa de Europa contra el Barcelona allá por 1969. La rivalidad con Syldavia, ducado independizado un par de siglos antes de la conquista de la región por parte de Turquía, se tornó de corte étnico en el XIX, por ser los syldavos eslavos y los bordurios germánicos, según afirmaron las teorías racistas del momento. En la Primera Guerra Mundial, Borduria luchó del lado de los Imperios Centrales y Syldavia de la Entente. Durante la Segunda, Borduria anexionó a su vecino por primera vez en 800 años, siendo entonces aliada preferencial de la Alemania nazi en los Balcanes. Durante la Guerra Fría, Syldavia, fronteriza con Austria, se unió a la OTAN, mientras Borduria caía al otro

lado del telón de acero con su propio régimen particular, en equilibrio entre Tito y Stalin, de la mano del tirano Plekszy-Gladz y su temida policía política, la ZEP.

De paso, sobre Ofelia, el personaje, descubre que sus apariciones no sólo se prodigan en las adaptaciones de Hamlet —a una por año, entre cine y televisión, en las últimas tres décadas, en naciones tan dispares como Nueva Zelanda, Japón, Irán o Italia, según indican los buscadores especializados—, también en títulos de los que es protagonista absoluta, centrados en la tragedia de la muerte de su padre a manos de su amado y que, así por las buenas, le recuerdan a doña Jimena, que en su imaginación tiene el rostro de Sofía Loren, como el Cid tiene el de Charlton Heston.

También cae, y le parece estúpido no haberse dado cuenta antes, en que es el nombre de la secretaria de “el señor Super”, director de la TIA y jefe de Mortadelo y Filemón. Lee, muy por encima, análisis psicoanalíticos y postpsicoanalíticos, feministas y postfeministas, acerca de su locura y suicidio provocados por el sometimiento de su personalidad al perturbado y falócrata Hamlet. Como tiene la foto grabada detalle por detalle en la retina, aprende que en el plano la actriz reproduce un célebre cuadro del inglés John Everett Millais, clave en las representaciones icónicas de la novia de Hamlet y mil veces plagiado y homenajeadó.

Consigue aislar a un director que promete, Klûmsi Himmerszeck, bordurio pero de etnia syldava —es decir, más eslavo que germánico—, formado entre Szôhod y Leningrado pero simpatizante del régimen de Tito, que a mediado de los 70 removió un poco el encorsetado panorama cinematográfico del país con adaptaciones de los mitos y obras literarias del imaginario occidental a las que daba un giro para convertirlas en personificaciones del ideario socialista. Entre otras muchas, claro, Hamlet.

Todos los enlaces que encuentra de interés los copia de la barra de direcciones a un correo electrónico en la carpeta de borradores de su cuenta. Piensa que cuando acumule una cifra razonable o considere que necesita más información se lo enviará a si mismo. Podría apuntar los datos clave en la agenda o una hoja de papel, pero eso lo expondría a alguna pregunta indiscreta que prefiere evitar, pues él mismo no está seguro de por qué hace lo que hace. Todo esto, entre búsquedas de DVD de visionado obligatorio, prestamos, renovaciones y alguna que otra sanción

a alumnos descuidados que no recuerdan que los VHS necesitan rebobinarse.

El asunto resulta de especialistas hasta para internet y marca aparte y en negrita un par de foros cinéfilos y soviéticos que, tras registrarse convenientemente, explorará esta tarde desde casa, con más tranquilidad. Lo hará tras comer y comenzar a leer y rellenar el abundante papeleo que le espera cortesía de la muerte de su padre, tarea que sus hermanas delegaron en él ante una ausencia de oposición que fue más bien falta de fuerzas. Necesitará sus firmas más tarde o más temprano, y eso sí será engorroso, tendrá que hacerlo coincidir con el oportuno saqueo de la casa familiar que ya empezó a producirse apenas concluído el entierro. Cuando escriba los correspondientes correos electrónicos a sus sobrinos para convenir la fecha les comunicará que quiere quedarse con la enciclopedia *Conocer el mundo* —tan atrasada que a ellos no les sirve de nada—, fundamentalmente por razones sentimentales, ya que sus padres se la compraron para ayudarlo con los estudios cuando apenas tenía su edad.

Jose abre la pantalla del portátil con una mano mientras con la otra sostiene un bollo de chocolate. Deja las servilletas de papel a la derecha, rozando el ratón, y abre el tomo 7 sobre sus rodillas, por la página de la foto, teniendo cuidado no le caigan chispas de chocolate que tantos estragos podrían causar sobre el papel de revista. Las piernas de la actriz se le antojan ahora, con buena luz, algo más escualidas de lo que las recordaba, aunque se mantiene la armonía casi infantil de los rasgos tópicamente eslavos. Tras lo aprendido esta mañana, se plantea seriamente que lo sean, pero es incapaz de formularlo de otra manera en su cabeza.

Explora el correo que se autoenvió justo antes del cambio de turno, localizando rápidamente las direcciones marcadas en negrita. Un comentario cruzado en una de las pausas del café sobre películas a localizar para un seminario de cine y agit-prop le hizo pensar que, aunque remota, existe la posibilidad de que la Biblioteca guarde algún libro que trate sobre el cine bordurio, la filmografía de Himmerszeck o las adaptaciones socialistas de Hamlet. Incluso puede que más de una vez se haya cruzado con algún profesor —o alumno, aunque esto lo duda— que domine la materia. Ahora mismo se ve registrando su propio préstamo de cualquier volumen, pero no consultando en persona a un experto.

En internet sí, y es lo que hace, procurando redactar la solicitud pública de ayuda en los foros lo más neutramente que puede. Ya es consciente de que no quiere encontrar la película, que le basta con una ficha en la que aparezca el nombre de la actriz. No quiere tampoco la misma foto a más resolución —está comprobando ahora mismo que con luz o sin ella a su pene le es indiferente— ni ninguna otra imagen de la adolescente delgaducha, sino a la actriz tal como es ahora, o, al menos, tal como ha sido en los últimos diez años. Saboreando el bollo de chocolate mientras procura controlar la caída de las migajas, se repite que es una búsqueda casi imposible.

Tras dejar las consultas en los foros que seleccionó por la mañana, se sumerge, impaciente, en el buscador de la Biblioteca, con la habilidad de la costumbre. Localiza un único volumen centrado en el cine bordurio, *Borduria 1939-1976*, que roza su fecha tope y, además, se encuentra en inglés, y otro dedicado a adaptaciones de la tragedia de Shakespeare, *Hamlet POP. El príncipe de Dinamarca en cine, cómics, música y televisión durante la segunda mitad del siglo XX*. Apunta la signaturas y decide que mañana usará las pausas cafeínicas para hacerse con ellos sin testigos que hagan preguntas molestas.

Con un nuevo bollo y los dos libros sobre la mesa, la tarde siguiente vuelve a abrir el portátil y el tomo 7 de *Conocer el mundo*. La Ofelia fingida sigue ahí, pero ahora tiene nombre y apellidos. *Borduria 1939-1976* incluye fichas de películas destacadas, las más representativas de cada estilo o autor destacado, en el caso de Himmerszeck y su “trasposición ideológica” de mitos de la literatura universal, *Hamlet*, ilustrada por la misma foto que aparece en la enciclopedia sólo que en peor papel y menor tamaño, circunstancia que ayuda a la libido de Jose.

Hamlet POP aporta las explicaciones acerca de la traslación del mensaje de las obras de Shakespeare hasta el terreno del socialismo bordurio, que le causaba bastante curiosidad. La obra dentro de la obra por la cual el tío Claudio demuestra ante el príncipe su culpabilidad en la muerte del difunto rey, sirvió al director medio germano de ascendencia medio eslava para representar el arte socialista que saca a relucir las contradicciones de la burguesía. O al menos eso sostiene el libro, que no entra en descripciones de cómo se consiguió esto. Jose duda del efecto, y le parece bastante exótico que fuese

un experimento realizado en un país que por aquella fecha formaba parte del Pacto de Varsovia. Le suena más, decididamente, a *boutade* de comunista de salón occidental.

En cuanto a la actriz, su nombre es Kûrvi Tasch, y en *Borduria 1939-1976* es mencionada dos veces. La primera, según pudo descubrir Jose en cuanto se dirigió al epígrafe dedicado a Himmerszeck, en la ficha de *Hamlet*. La segunda, en un capítulo aparte, que se distingue del resto de la obra por un estilo novelesco y por no explicar ninguna película borduria que llegase a estrenarse en cines, tan sólo una norteamericana, y casi como anécdota.

Este capítulo se titula "Los fugados de Bakhine" y narra el paso a Syldavia del equipo de rodaje al completo de un biopic sobre Plekszy-Gladz. Todos: técnicos, actores, responsables de vestuario, productores, guionistas... La única excepción fue el director, un tal Peuve Cept, que quedó atrás voluntariamente y como responsable del duro golpe a la propaganda borduria, habiendo cumplimentado precisamente él los permisos necesarios para pasar el filtro de la burocracia y rodar "en exteriores". Kûrvi Tasch figura entre las actrices que se pasaron a Syldavia sin pensarlo dos veces, con un papel menor en *Plekszy-Gladz* como una de las hijas del dictador. Esta "fuga", de la que se desconoce gran parte del contexto, ya que las familias de todos los "traidores" quedaron atrás sufriendo las consecuencias, y que se produjo en 1981 —Jose calcula mentalmente a la actriz 19 ó 20 años en ese momento—, fue llevada al cine a mediados de los 90 por Hollywood, que la adornó convenientemente.

En *Borduria 1939-1976* se menciona el filme, *Salto al vacío* —que lo ahorquen si comprende ese título— muy de pasada, como anécdota simpática. Pero Jose comprueba que en internet está resultando mucho más sencillo de localizar que cualquier dato anterior. Primero entra en los buscadores que exploró dos días atrás sin resultado. Descubre que en la película existe un personaje llamado Kûrvi, que es la más joven del reparto —reducida a los 11 años para poder contar con un papel infantil— e interpreta en la película dentro de la película a la hija del dictador. Jose podría haber puesto a bajar el largometraje —un par de tecleos bastan para descubrir que es sorprendentemente sencillo—, pero ha preferido no hacerlo, por simple pereza. Sabe que aunque lo hiciese, no la vería, y casi 20 gigabytes de espacio ocupado por las buenas en el disco duro de su portátil lo apoyan en ese sentido.

La actriz que interpretó a la actriz que interpretó a Ofelia, dos chasquidos del ratón bastan para comprobarlo, tiene ahora algo más de 20 años y es visible en multitud de fotos en los buscadores habituales. Es una rubia delgaducha de formas angulosas y pelo liso, nacida en Canadá de padres eslavos, asegura su ficha en internet, que saltó a la fama tras rodar un par de películas de aventuras como superheroína embutida en cuero negro. Consigue despertarle un mínimo interés, así que la aparca en una pestaña del navegador mientras se sumerge en busca de más anécdotas sobre *Salto al vacío*.

Está comprobando que casi todos los admiradores de la película se complacen en que refleja hechos reales: la documentación y preparación del biopic revelando la monstruosidad de Plekszy-Gladz y el régimen que se sostiene sobre su recuerdo, la conjura del equipo de rodaje, los quiebro del director para encubrir el plan —y el sacrificio final quedándose atrás que canta a licencia, al menos a Jose mientras lee los elogios de la crítica—, el cruce de la frontera utilizando el *atrezzo* para elaborar un complicado montaje que despiste a la policía política... En algún lugar del marasmo de datos debe existir información acerca del destino de los protagonistas reales de la historia.

Lo encuentra por fin en un portal que se presenta como defensor a ultranza de la ideología liberal, y que usa la anécdota como ejemplo de las maldades del socialismo y sus derivados. Jose sorteja como puede avisos sobre la maldad intrínseca del aborto y la inmigración ilegal para llegar a ese pequeño apartado. Gran parte del equipo permaneció en Syldavia y regresó a Borduria tras el hundimiento del régimen. De los pocos que se marcharon, se perdió la pista, pero un grupo de cinco actores, un hombre y cuatro mujeres cuyos nombres cita —y entre los que, por supuesto, se encuentra Kûrvi Tasch—, fundó su propia compañía de teatro aprovechando la breve fama que en la Europa central “capitalista” les aportó la fuga.

La compañía Rasierpinsel tiene su propia página web, con versiones en syldavo, bordurio, alemán, inglés e italiano. Mezclando estas dos últimas, decide orientarse. De la actriz sólo aparecen tres fotografías, la más reciente de 1986, interpretando una tragedia griega que Jose es incapaz de identificar. Comprueba que la imagen surte el efecto deseado, pero no se detiene, sigue explorando, saltando del inglés al italiano para deducir significados, hasta que descubre que la señorita Tasch ocupa un cargo directivo en la compañía ac-

tual, que tiene su sede en Munich, y que está, al parecer, retirada de los escenarios, pues no sale en el reparto de ninguna de las obras en representación.

Tiene la dirección, en Munich. Su inglés está muy oxidado desde el instituto, pero en la actualidad se presentan pocos problemas para cualquier turista. Entonces, ¿qué hará? ¿Pedirá unos días, contratará uno de esos vuelos baratos, buscará un hotel medio decente pero barato, acudirá a la sede de la compañía de teatro en un día laborable, preguntará por la señorita Kûrvi Tasch inventando quién sabe qué excusa y cuando esté delante de ella le dirá "creo que te quiero" en inglés precario? ¿Y qué contestará ella, la actriz que fue Ofelia, con vaya a saber qué aspecto ahora mismo, al bibliotecario que dos días antes de decidir que iría a visitarla enterró a su padre?

— Has tardado mucho.